

EL COLMENAR

Gente buena

Salen de la mano de la anciana o cogiendo por el brazo al abuelo, camino del parque o de ese banco estratégicamente situado para que la vista se distraiga con el ir y venir de la gente. Por el color de la piel, y también por el acento, parece claro que son inmigrantes, llegados de la otra orilla del Océano Atlántico o de algún país del Este europeo. Por el recorrido de cada día y la tarea que desarrollan, no cabe duda de que son cuidadores de personas mayores que necesitan compañía.

A estas personas –que jamás recibirán un Premio Nobel por sus buenas obras y sus mejores intenciones, como Obama– quiero dedicarles desde aquí unas líneas. Jóvenes o menos jóvenes, pero siempre pacientes y cariñosos con las personas que tienen a su cuidado, se merecen el respeto y el agradecimiento de todos nosotros. Y, muy especialmente, de nuestros ancianos.

Mientras estos cuidadores y cuidadoras –también llamados personas de compañía– facilitan la vida a los abuelos y abuelas que demandan estos servicios, sus seres más queridos de Ecuador o de Rumanía envejecen y mueren solos, sin nadie que les cuide. Sus nietos no están con ellos, porque están cuidando a nuestros abuelos en cualquier ciudad española. Estas son algunas de las paradojas que tiene la vida. En lugar de atender a los suyos, que son los que realmente lo necesitan, se vienen a nuestras ciudades a hacerles la vida más agradable a personas que se han quedado huérfanas. Sobre todo de compañía.

Nuestros mayores necesitan almas caritativas que les escuchen sus batallitas de antaño. Personas que con cariño les limpien con el pañuelo esa lagrimita que les cae por el rostro de los recuerdos. No siempre es así. Todavía quedan abuelos que tienen la suerte de encontrar un nieto que les escucha, mientras mueve a toda velocidad el dedo índice y el pulgar delante de una pequeña pantalla iluminada a la

que llaman “play”. Pero, mucho me temo, que eso no tiene visos de continuidad.

Los servicios sociales en las grandes ciudades, como es el caso de Madrid, han logrado mejorar la vida de padres y abuelos. Sin embargo, el gran logro, al menos en mi opinión, es el de haber descubierto –gracias, eso sí, a las desigualdades entre países– a inmigrantes generosos, dispuestos a ofrecer su brazo y una sonrisa, mientras pasito a pasito el abuelo o la abuela se van acercando a su final. Es verdaderamente encomiable el trabajo de estos asistentes, en una sociedad que apenas escucha a sus mayores.

Los abuelos están ahí, dispuestos a regalarnos su tiempo, su sabiduría y su experiencia, pero en las familias actuales no resulta fácil dedicarles esa atención que ellos dedicaron hace ya muchos años a sus mayores. Conciliar el trabajo y el hogar es uno de los grandes déficit de esta sociedad en la que vivimos. Si no tenemos tiempo suficiente para educar debidamente a los hijos, ¿cómo vamos a tenerlo para estar con los abuelos?

Está claro que algo falla. Algo hemos tenido que hacer mal para tener que desplazar a los abuelos de su entorno familiar. Y, menos mal, que algunos tienen la suerte de encontrar refugio y consuelo en ese inmigrante, también aquejado de soledad, que le mira y le recuerda con una sonrisa: “cuidado, que este paso de cebra tiene mucho peligro”.

El otro día, en un reportaje de televisión escuché a uno de estos abuelos, sentado junto a su inmigrante de compañía, decir lo siguiente: “si pudiera, le pagaría mucho más, porque lo que está haciendo conmigo no tiene precio”.

Suscribo plenamente la buena intención del abuelo. Gracias a personas como estas, podemos alegrar un poco la vida a los integrantes de la mal llamada “tercera edad”.

JAVIER DEL CASTILLO